

EL SAGRADO DERECHO A PROTESTAR



MARÍA CRISTINA RESTREPO

Es raro que pase un día sin que los medios hagan referencia a alguna forma de protesta, bien sea en Colombia, o en el resto del mundo. Dada la relevancia del tema en las noticias, podría pensarse que son un fenómeno reciente, o que han tomado mayor fuerza cuando en realidad se han dado siempre, a lo largo de la accidentada historia del hombre, como algo necesario para el buen funcionamiento de la vida en sociedad.

Los gobiernos no deben obstaculizar el derecho de los ciudadanos al justo reclamo, pues esta forma parte de la libertad de expresión que debe extenderse a todos los ámbitos de la existencia. Ligado a la libertad de palabra, aparecía ya

en el régimen democrático de la *polis* en la Grecia Antigua, donde los ciudadanos contaban con la potestad de manifestar libremente sus opiniones en las asambleas públicas, manteniendo siempre presente el deber de hablar con la verdad. Algo semejante ocurría en la Roma Republicana. Los senadores contaban con la facultad de disentir y expresarlo abiertamente, y la plebe no dudaba en salir a las calles para hacer público su descontento y comunicar su sentir a través de las marchas masivas.

Los ejemplos son inagotables. Basta recordar que en Europa protestan cada vez que el presidente Trump decide hacer una visita. Las imágenes de millares de personas congregadas bajo el emblemático Big Ben le han dado la vuelta al mundo, dejando presente la impopularidad del mandatario. Las marchas en Helsinki, en Londres, en Escocia, se registran en televisión y en los medios sociales. Protestan los iraníes, poniendo en peligro su integridad, contra las políticas económicas de su país, contra las represiones políticas. Protestan alrededor del mundo las mujeres pidiendo que las leyes las favorezcan con relación al aborto, reclaman otras, pidiendo lo contrario. Protestan todos exigiendo reformas políticas, reformas económicas, reformas sociales, reformas a la educación. En Francia, país dado a los movimientos de masas, se protesta contra las políticas neoliberales del presidente Macron, contra la reforma del código laboral, contra la visita de dignatarios extranjeros, en favor de los derechos de los trabajadores. Protestan los viniticultores por la importación de vino y la pérdida cultural que ello

implica. Cuando consideran que sus derechos han sido vulnerados, los ciudadanos no vacilan en protestar, pese a las consecuencias que ello pueda traer. Para frenar las protestas en el mundo hay castigos que van desde las sanciones, la prisión, hasta la pena capital, sin que ello conduzca al silencio de las masas, o de los individuos que buscan una mejor vida.

Surge entonces la pregunta sobre la eficacia de las protestas, sobre su poder para cambiar aspectos, o incluso la totalidad del orden social existente, para sacudir las conciencias y generar nuevas alternativas a la solución de los problemas. Como ejemplo de protestas exitosas, hay que recordar las prolongadas marchas en contra de la participación de los Estados Unidos en la guerra del Vietnam. Marchas que evolucionaron hacia un movimiento social que cuestionó los valores norteamericanos y que se extendieron hasta los años setenta, con la asidua participación de los estudiantes y las madres. También vale recordar el gran movimiento de protesta por la discriminación racial iniciado en la década del cincuenta en ese mismo país, con el gesto de una sola persona, Rosa Parks, quien se negó a cederle su asiento en un bus a un hombre blanco. El boicot de los buses que debería durar un día y que se prolongó durante un año, alcanzó los resultados esperados. La campaña inicial, que exigía un mejor trato para las personas de color, terminó en una demanda para la abolición de la segregación racial y de las condiciones generadoras de pobreza en las que muchas familias negras se veían obligadas a vivir. De mayor actualidad, están

las recientes protestas en París contra el presidente Macron. Tras un saldo de muertos, heridos y cientos de personas arrestadas, de destrozos a la propiedad, el presidente reconoció que muchas personas descontentas no habían sido oídas y anunció recortes a los impuestos, aumento del salario mínimo y, lo más significativo, prometió que seguiría oyendo la voz del pueblo, lo cual señala que vendrán nuevas concesiones.

En Colombia las protestas adquieren un carácter permanente, llamando la atención sobre graves problemas de la realidad nacional. A las protestas de los estudiantes que piden mayores garantías para la calidad de la educación, se suman las de los indígenas que exigen el cumplimiento de pactos acordados. Protestan los mineros, protestan los cafeteros, protestan las centrales obreras, protestan los comerciantes, se protesta por la salud, se protesta expresando inconformidad de manera tan permanente, que hay que preguntarse si estos movimientos no pierden efectividad. Somos el quinto país latinoamericano con un mayor número de personas que apoyan una determinada protesta, siguiendo una tendencia que se da a diario en el continente.

A estas protestas de carácter público deben añadirse aquellas, menos reconocidas, de menor impacto masivo, que se dan en el ámbito privado, pero que, de obtener resultados, pueden mejorar la colectividad: las de los hijos cuyos derechos se vulneran, las de las esposas oprimidas y los maridos explotados, las de las continuas y secretas violaciones de los derechos de los individuos en ambientes cerrados a la mirada externa. Pro-

testas que muchas veces se apagan bajo el temor, la ignorancia o la amenaza.

¿Existen condiciones para que unas protestas tengan éxito y otras no? Porque no todas alcanzan su objetivo. Basta pensar en las esperadas marchas en Venezuela. Los regímenes represivos no miran con tanta tolerancia, o simplemente no permiten que los individuos, ni la colectividad, clamen públicamente por sus derechos. Pero no solo la represión disminuye el poder de las protestas, sino que hay elementos en su interior que tienen el mismo efecto de pérdida de efectividad. La falta de liderazgo es uno de ellos. El hecho de que los contestatarios perciban la ausencia de una cabeza visible que oriente las acciones a seguir, o que no haya claridad en cuanto a sus objetivos, puede llevar al desánimo. A esto se suman los intereses divergentes. Dentro de una protesta puede haber elementos que aprovechan la apasionada fuerza de la misma para trabajar por diversos fines, convirtiendo a quienes salen a protestar en agentes al servicio de intereses ajenos, que incluso pueden desconocer.

Resulta más fácil reunir a un grupo de personas en una marcha, a lograr que suceda algo realmente significativo después de esta; es decir, que las respuestas del gobierno vayan más allá de la simple retórica. Los violentos enfrentamientos con la policía pueden ser suficientes para que un movimiento vaya perdiendo fuerza hasta caer en el desánimo, para finalmente apagarse y sumirse en el olvido. El hecho es que las protestas requieren, no del calor del momento, o de una rápida convocatoria mediante las redes socia-

les, sino de un permanente trabajo político que canalice la energía inicial de manera organizada, coherente y constante, a fin de que puedan alcanzar los cambios políticos y las reformas que son su razón de ser. Las redes sociales también pueden obrar en detrimento de las protestas porque muchos de los que podrían salir a la calle, consideran suficiente escribir mensajes en Facebook o en Twitter, gestos en los que, por lo general, no aparece una buena planeación que los mantenga unidos e integrados con el proceso político de fondo.

La comunicación es otro elemento fundamental para la efectividad de una protesta. Los manifestantes tienen que estar enterados y convencidos de las razones por las cuales están protestando, para poder marchar con convicción. Las protestas deben situarse por encima del dogma, del fanatismo, de las perspectivas sesgadas y, como en el caso de los antiguos griegos, hablar con la verdad. A veces, la protesta pasiva puede ser más eficaz que aquella con actos de vandalismo, agresión, o los gritos fanatizados.

Basta pensar en la resistencia pasiva de Ghandi, capaz de estremecer los cimientos de un imperio, o en la desobediencia civil de Thoreau. Las marchas organizadas y silenciosas tienen un potente elemento simbólico que elude los ataques de la policía o el rechazo de la ciudadanía, y que paradójicamente, es más elocuente que otras formas de protesta. ■